

María Conejo: la enunciación del cuerpo

Fabiola Eunice Camacho



EN UN TIEMPO TAN CONVULSO Y DOLOROSO como el que actualmente sobrevivimos, visibilizar la experiencia del cuerpo propio resulta ser una apuesta política que enfrenta la huella ominosa de los cuerpos que diariamente son privados de su aliento. Por eso, vale la pena buscar entre todas las prácticas de representación aquellas que nos permitan no sólo sostener un acercamiento con los fenómenos desarrollados en el interior de la vida social, sino aquellos en los cuales se formule un discurso absolutamente honesto y cercano a lo que sucede con nuestros cuerpos y las decisiones que tomemos sobre su manera de estar socialmente.

El trabajo de las mujeres dentro del campo artístico mexicano ha tenido mayor visibilidad en la última década. Nunca es suficiente, pero la solidez de diversas propuestas han reconfigurado el trabajo artístico sostenido anteriormente con mayor fuerza sobre las horas hombre. En un momento que para todos es ominoso —el alza de casos de feminicidios y violencia de género son problemas que a todos nos atañen—, la presentación de la corporalidad femenina como práctica de apropiación en el arte visibiliza las tensiones y disputas que las artistas experimentan desde el espacio privado hasta su exposición en la esfera pública. No sólo eso, también ofrece una salida, simbólica, pero también de praxis, para enfrentar desde otros campos las problemáticas que actualmente degradan la condición humana.

María Conejo (Ciudad de México, 1986) es artista visual, egresada de la Escuela de Diseño de Bellas Artes. Fue becaria Fonca en dos ocasiones y su trabajo ha sido expuesto en diversas galerías y museos nacionales, así como en España, Francia y Estados Unidos. A lo largo de su trabajo ha logrado sostener una correspondencia íntima entre su cuerpo y los distintos fenómenos de violencia de género que de manera cotidiana se articulan en todo nuestro país. Su formación como diseñadora gráfica le ha permitido explorar desde la ilustración, e incluso la multimedia, diversas formas de socializar la manera en que reconoce y sitúa socialmente su cuerpo no sólo como contenedor de experiencias, sino como el único elemento que le permite denunciar los deseos en falta, el goce sexual, el autoerotismo, la tristeza y melancolía, es decir, sensaciones y procesos psíquicos de los que podemos ser



Lagunas mentales I y II. Cortesía: Marfa Conejo

testigos únicamente con mirar los distintos reflejos corporales que parten del deseo de la artista. Su obra permite observar el hecho de que cada mujer tiene diversos roles, pero en cualquiera de ellos, el deseo y el cuerpo quedan inscritos, lo que al parecer resulta peligroso en términos de la violencia de género.

Trabajos como el de Maris Bustamante, Mónica Mayer, Lorena Wolffer y, recientemente, Pía Camil suspenden la experiencia del cuerpo como un espacio invisible y un territorio de perpetración y continua violencia para proponer, desde diversas posiciones, no sólo su capacidad técnica como soporte de prácticas artísticas, sino también un espacio político donde el discurso se teje desde todos los roles, incluyendo el de la maternidad o el de cuidadora, así como el del propio erotismo. Cada uno de ellos es parte sustancial del discurso femenino y de toda la sociedad, de ahí que el arte pueda potencializarlo. En el caso de Conejo, su discurso es absolutamente claro. Su cuerpo —que, como ella en diversos momentos lo ha comentado, ha sido motivo para el acoso y la censura desde pequeña— no sólo es un soporte para ilustraciones, pinturas y dibujos, también es un espacio de enunciación, donde el

mensaje es que al ser su cuerpo, ella se hace cargo de sus emociones, deseos y prácticas. Su cuerpo exclama que ella se pertenece.

En el ensayo *Los hombres me explican cosas*, Rebecca Solnit sostiene que la voz de las mujeres sigue siendo presa de la violencia heteropatriarcal mediante el silencio, de manera discursiva y en la práctica frente a la aniquilación de nuestros cuerpos:


La violación y otros actos de violencia, incluso el asesinato, así como las amenazas de violencia, constituyen un dique que algunos hombres construyen en sus intentos por controlar algunas mujeres, y este miedo a la violencia limita la mayor parte de las mujeres de tal manera que muchas de ellas se han acostumbrado tanto que apenas se dan cuenta de ello, y nosotros difícilmente lo identificamos.

A pesar del feminismo, la producción intelectual e incluso la incursión en diversos campos que anteriormente dentro de la división del trabajo se encontraba únicamente destinada a los hombres, aún se espera que esperemos sentadas, con la lengua recogida, mientras miles de cuerpos son encontrados. De ahí que a pesar

de la diversidad sexual y cultural, el coro de mujeres — hay que decirlo, con privilegios— exija que nuestra voz, cuerpo y deseos —el más potente es el de mantenernos con vida— se presenten de manera abierta en el mundo que parece ser todavía masculino. María Conejo, una y otra vez, dibuja cuerpos desnudos en diversos escenarios: funcionan como un soporte mediante el cual narra aquello que ha encontrado un lugar en cada pliegue, cabello o sombra. Algunas de sus piezas, las más recientes, exploran la gestualidad del propio cuerpo. Conejo presenta cuerpos sin cabeza sin que se perciba violencia, sino una manera de dejar que el cuerpo hable, como en *Infinito*, una pieza en tinta sobre papel, en donde dos cuerpos, uno delineado y el otro iluminado en negro, se entrelazan de manera que forman el símbolo del infinito. Sus manos al entrelazarse dibujan ese gesto amoroso que siempre es determinante.

La paradoja de este tiempo que aniquila es que hay que exponer aquello que una y otra vez es despojado de sus poseedoras: el derecho a la dignidad, al goce e incluso a la articulación de la tristeza y desolación, es decir, el derecho al cuerpo. Estos derechos pueden ser el de cualquier mujer que sobreviva en México y en Latinoamérica; en el caso de María Conejo, su identidad se teje mediante el trazo de posturas corporales, de la exposición de la vulva y de expresiones de felicidad y tristeza, pero con la distinción de que aquello que resultaría natural —es decir, de cuerpo completo— no

lo es, y menos bajo la decisión y deseo propio. Su propuesta logra salir de las imágenes de corporalidades que circulan cotidianamente en la prensa, como es el caso de *Sombras*, cuya técnica de acrílico sobre bastidor le permite jugar con las dimensiones, y en las cuales se aprecia una mujer en cada una, su ángulo permite que la luz proyecte sus sombras, cuerpos que se aprecian e incluso se miran a sí mismas con deseo y satisfacción.

Mediante diversas plataformas como la ilustración, el dibujo —en diversos formatos y soportes, entre ellos papel, madera y textiles—, la serigrafía, el diseño multimedia y la pintura, el cuerpo conforma un discurso donde no es posible cambiar la página. En colaboración Zoe Mendelson formó el sitio web *pussypedia.com*, un espacio destinado al conocimiento de la vulva y sus experiencias vitales. María ha puesto el cuerpo en cada una de sus piezas no como un acto de narcisismo — que también puede ser legítimo— sino como un acto político que configura desde las miradas que le han valido diversas experiencias desde su infancia. Aunque es posible que la repetición reste efectividad al discurso, en una sociedad donde una mujer es señalada y revictimizada por querer apropiarse de su cuerpo y de sus prácticas, esta reiteración expone el modo en que las mujeres a lo largo de la historia han sido un objeto de goce, de violencia y de placer del otro. Quizás que el cuerpo nos grite sus deseos y los repita sea la única manera de salir de nuestra oscura escena. 

Sólo show. Instalación, Swab, Barcelona, 2019. Cortesía: María Conejo

